

---

## Ortodoxia y heterodoxia en las alcobas

*(Hacia una crónica de costumbres y creencias  
sexuales en México)*

Carlos Monsiváis

### *Todo el placer para el deber*

¿ **E**n qué consiste y en dónde desemboca el ocultamiento o el aplastamiento de la vida sexual? En el origen del proceso está la Familia Mexicana, invención conjunta de la iglesia católica y las clases dominantes, cuyo ideal, la utopía del mando irrestricto del patriarcado, se transparenta en unas cuantas acciones: monogamia de aplicación unilateral (sólo para mujeres), ocultamiento o negación del placer, uso político de prohibiciones (y tolerancias) sexuales, elevación de la ignorancia al rango de obediencia de la ley divina y de la ley social, represión enaltecida a nombre del deseo de una mayoría jamás consultada al respecto. Históricamente, la mitología de la Familia Mexicana se centra en la necesidad de proclamar ajeno y enemigo a lo que ocurre fuera del recinto hogareño y del control de esa policía perfecta que es la conciencia de culpa. Y esta moral exige varios movimientos paralelos: el desarrollo de una idea de Nación similar al patriarcado, el odio (retórico y real) a lo diferente, la manipulación de los prejuicios.

En el siglo XVI predomina el anhelo de un país sin las lacras visibles de España, y con una ciudad de Dios al alcance: la capital de la Nueva España. No hay, ciertamente, puritanos que huyan de las prohibiciones a su fe disidente, pero sí creencias vagas, misticismos confusos, certidumbres de taberna y barco que, al aislarse en la inmensidad territorial, se vuelven dogmas, signos y formas de la razón a mano. Al aferrarse a las creencias traídas de España, que se magnifican, los conquistadores creen preservar la lucidez: las su-

persticiones se establecen con la naturalidad de una bula papal, y la Contrarreforma es en sí misma un plan de gobierno doméstico. Aquí se construye una sociedad piadosa, ascética, entregada a la contemplación de las llagas del Señor y de las maravillas de la Virgen. La religión es un desfile de rituales —a la fe por el espectáculo— que a esa masa ignorante y amorfa le recuerdan la expulsión de sus dioses del altar mayor y su dependencia de los conquistadores. Se construyen templos con el ademán de quien erige monumentos de intimidación, y la sociedad queda uncida a la iglesia católica que es, y espero que tal comparación no resulte un sacrilegio de doble filo, la televisión de aquel tiempo, el espectáculo que concentra el asombro y la credulidad. Sin Iglesia no hay dominio español y la Iglesia pone sus condiciones: hagamos aquí realidad el sueño de Ignacio de Loyola y de Domingo de Guzmán, mezclemos hasta confundir los órdenes de la vida religiosa y de la vida social.

Para la Iglesia, aclara Jacques Lafaye, México será la Nueva Roma o la Nueva Jerusalem. No importa que la realidad incluya epidemias de sífilis, o que en el sentido de la encomienda se añada el abuso de las indígenas, que se inician en el mestizaje con el estupor del objeto de carga que tardará siglos en saberse objeto sexual. Lo primordial es lo otro, la reverencia a los mandamientos de Dios, la celebración macerada de la Cuaresma, la solemnidad que extiende el brazo para que la mujer legítima a él se aferre. La Santa Inquisición apuntala el control político y su sombra intimidatoria se extiende a pensamientos y alcobas: de tu conducta privada depende la conservación de tus bienes, si satisfaces tu cuerpo de modo heterodoxo te retorcerás en la hoguera. Hay que devolverle a la Iglesia el favor por su auspicio divino a la Conquista, y omitir públicamente elogios o menciones de los goces sensuales, olvidando la existencia misma del cuerpo.

La humillación de la carne no es metáfora: el pago de la Corona española a la Iglesia, copartícipe del poder, es también el recordatorio del deber primordial: ser fiel al Nuevo Mundo a partir de las apariencias. La sociedad condena las referencias públicas al sexo y hasta los seres más periféricos, los indígenas, aprenden a vincular sexo con degradación y ocultamiento del sexo con espiritualidad. Únicamente los animales —es la moraleja de esta lógica de dominio— consideran natural el coito. Por eso, el virreinato se esmera en suprimir toda marginalidad. Al principio, los españoles, con el asco descrito por Bernal Díaz, liquidan a los miembros del harem mascu-

lino del cacique de Cempoala, y a lo largo del virreinato los *sométicos* (palabra que surge al esdrújular los españoles la voz "sodomita") expían en la hoguera su pecado nefando. Y el auge de las prohibiciones encarece la sensación de falta. En 1778, un tratado de la mortificación publicado en Puebla aclara: "Lo quinto, no toque sin causa justa a otros en las manos, rostros, ni cabeza, aunque sean criaturas, ni halague a otros animales, que con la blandura de sus cabellos suelen no pocas veces, causar deleites sensuales". La nueva nación se funda en el desdén por el sentido del tacto, y en la rendición ante ese conjunto desensualizado, la familia.

### *De la Madre Patria al paterfamilias*

La sociedad que le corresponde a la Nación emergente es apenas la suma de familias unidas por creencias y prohibiciones. Quienes habitan en las orillas imitan como pueden algunas costumbres y se inhiben desconsoladoramente. El siglo XIX es también el espectáculo de minorías que se combaten entre sí, y predicán la libertad de cultos o el regreso a la monarquía, pero en algo se unifican: le guardan fidelidad externa a sus legítimas esposas, ven en el amor conyugal a la pureza y en el placer al frenesí que no se atreve a decir su nombre. Gran parte de la cultura sexual del virreinato prosigue en el siglo XIX sin que nadie se dé mayormente por afectado, como lo prueba la casi total ausencia literaria de dos personajes: el libertino y la cortesana. Antes, durante y después de las Guerras de Reforma, la iglesia católica eleva los ideales (la castidad y el sexo sólo por obligación reproductiva), para que la sociedad obedezca, y la gleba (que es el desacato mismo) se intimide porque alejarse de la norma es merecer el desprecio. Por eso, en la apreciación social los parias urbanos, los léperos, resultan meras variantes de la animalidad. No pertenecen a la sociedad, fornican sin pudor, viven en el hacinamiento y la promiscuidad. No son nada, cerdos con uso del habla, materia prima del resentimiento que aborrece la vida decente ante Dios y ante los hombres. Y si se les deja que sexualicen su habla (la *leperada* es voz de origen social inequívoco) es porque al hacerlo ratifican la bajeza de sus apetitos. De eso se trata: de un indio se aguardan supersticiones y atraso, y de un lépero que exalte por contraste la moral dominante. Mientras, la mujer en casa y, de preferencia, con la pata rota.

El mensaje moral del siglo XIX no es tan uniforme como lo insinúan estas generalizaciones, aunque las variantes no sean muy numerosas. Y una de ellas radica en las diferentes concepciones de lo femenino. El nacionalismo liberal, por ejemplo, idealiza a la mujer, el gran aliciente espiritual del hombre, y tal concesión es indispensable aunque importe muy poco en la práctica. Algún reconocimiento debe tener la encargada de la educación de los hijos. Y fuera de este deber burgués, ya no se exalta a la mujer, ni se ensalzan su dulzura y su aire virginal, ni se ve en lo virginal a un adjetivo laudatorio. Y el campo de la idealización es también espacio de oscuridad programada. La sexualidad de las clases altas es, oficialmente, el territorio del silencio y el respeto; de lo que ocurre en las clases medias algo se habla, y, hasta bien entrado el siglo XX, poco se conoce de la sexualidad de las mayorías, cuyos apetitos y represiones no son asunto de la Gente de Bien y, por lo mismo, no se documentan. Previsiblemente, la relación sexual entre las clases populares es más "natural" (menos dependiente del qué dirán); por ello, para los censores, ser "natural" es animalizarse, es concederle la razón a quienes declaran eterna la condición de explotados y marginales.

### *El siglo XX: de la Casa Chica al cúmulo de prevenciones*

De la irresponsabilidad que prodiga hijos a las reticencias del condón. Del afán de mantener a la querida con todo y prole a la preocupación por ceñirse a la cuota de dos hijos. Del machismo que acapara el sentido de la honra al machismo que es última jactancia en la sobrevivencia ("Yo sé bien que estoy afuera..."). Del aborto, inmenso derrota ante Dios y la sociedad, al aborto, elección forzada y dolorosa pero ya no abismo irremediable. De la pérdida de la virginidad como el ingreso semisacralizado y semidemoníaco a la condición de mujer, al primer contacto sexual como trámite obvio. De las palabras inmensoables ("homosexual", "lesbiana") a esa tolerancia creciente frente a la diversidad de opciones que es fruto de la internacionalización, del debilitamiento del morbo y —muy especialmente— de la imposibilidad de controlar la conducta ajena en la sociedad de masas. De la castidad, pase automático al cielo, a la castidad, situación sospechosa en términos freudianos o postfreudianos.

Al venirse abajo la (incomprensible) leyenda de la singularidad

sexual del mexicano, la substituye una andanada de nuevos prejuicios con maquillaje pseudocientífico. Los traumas reemplazan a los determinismos del "alma mestiza", y (por un tiempo) el complejo de Edipo rodea de luces sospechosas a la Madrecita Santa. Esto es también asunto del pasado. Sin ser cabalmente moderna, la mexicana, como cualquier otra sociedad, se internacionaliza a la fuerza, y se seculariza por razones del desarrollo político y cultural. Las mujeres ingresan con ímpetu en el mercado de trabajo, lo que las lleva paulatinamente a relaciones más igualitarias con los hombres. Las facilidades económicas de la unión libre son la alternativa frecuente al matrimonio por vía legal. Se apacigua incluso en el campo la obligación de la prole interminable. Pocos se acuerdan de la función estrictamente reproductora de la sexualidad, como lo manda la iglesia católica. Y el miedo al sida disciplina el ansia de promiscuidad.

¿Cómo es sexualmente el mexicano? Bien a bien, quizás sólo lo supieron el emperador Acamapichtli y su consorte. Pero el siglo xx mexicano empieza con un panorama de represiones manejadas desde el confesionario, de prácticas ridículas y mitos oprobiosos ("Nadie puede desear a su legítima esposa. El deseo es siempre extramarital"). Y el siglo concluye entre polémicas sobre el aborto y el condón, mientras la iglesia católica usa de todas las presiones a su alcance (políticas y morales) con tal de sostener su dogmatismo. Pero desde los años veinte la represión no se enfrenta al grupo de liberales que quería una sociedad más libre ampliando el poder del estado, sino a muy diversos sectores de profesionistas, académicos, periodistas, políticos, que, sin proyecto político, no se doblegan ante las amenazas de excomunión, ni se dejan afectar por las resonancias del "tutelaje espiritual" de siglos. Ya para 1960 es innegable el arraigo de la secularización en México, y por *secularización* entiendo el fin de cualquier propósito teocrático, la compatibilidad entre laicismo y valores religiosos, el influjo de la ética que argumenta a favor de una tesis: "Esté muerto Dios o no, los valores de la vida comunitaria hacen que no todo esté permitido".

En 1929 la negociación de la Jerarquía católica con el estado y el fracaso del movimiento cristero prueban lo irreversible de la separación de la Iglesia (por antonomasia) y el estado. A la Iglesia le quedan muchos de sus controles, y el estado permite o refuerza un poder alternativo despojado de su filo político. Luego, paulatina-

mente, se llega ya en los años noventas al reconocimiento de "la descristianización de México", lamentada por el clero dos veces al año (Semana Santa y fiestas decembrinas), y proveniente de la globalización, de las formas de vida modernas, de la explosión demográfica, de la educación laica, del Libro de Texto Gratuito, de la difusión sexológica, de la evaporación creciente del sentimiento de culpa, y de la divulgación científica, que así se dé en niveles muy superficiales, apuntala el tránsito de una cultura de represiones a una de fe en la ciencia con estremecimiento antes destinado a la mística. Se diseminan los vocablos antes prohibidos o ignorados: ovarios, menstruación, espermatozoides, óvulos, testículos, trompas. Los alumnos de sexto grado aprenden lo que en generaciones anteriores sólo se vislumbraba a través del rumor y las frases entrecortadas de los padres; ya saben que entre los diez y los dieciocho años, el aparato reproductor del joven comienza a producir espermatozoides. Divulgar es destruir la cerrazón ordenada por la hipocresía clerical y social.

Y a todo esto se añaden las incitaciones y lecciones a cargo de los medios electrónicos. Si el cine educa a varias generaciones en el falso respeto a las tradiciones y en el júbilo genuino ante las innovaciones, la televisión (y esto se acelera con el cable y las antenas parabólicas) envía con fuerza su gran mensaje: objeto sexual es todo aquel o toda aquella que tiene con qué serlo, y los deseos ilegítimos son aquellos irrealizables.

### *Sobre las desventuras de la hipocresía*

La hipocresía de la burguesía mexicana en este siglo manifiesta un doble anacronismo: no sólo es mojigata frente a sus correspondientes de las metrópolis; también lo es ante sus propias realidades, al posponer hasta fechas muy recientes el énfasis discursivo en torno a las pulsiones profundas. El burgués mexicano tarda en hablar represivamente del sexo porque tarda en hablar del sexo. Y sólo empieza a hacerlo al comprobar el enorme retraso que le provocan —social y políticamente— la moral feudalizada y sus indignaciones teatrales ("Vete y no vuelvas", apostrofa el padre airado a la hija embarazada). Y si el culto del honor se mantiene hasta donde puede (es el *grand finale* de la mitología sexual del siglo XIX) se debe a la

gran importancia que le concede la extrema derecha, que usa para cuestiones de moral el criterio melodramático de la pureza. Si se verbaliza lo sexual —ésta es la inferencia derechista— se renuncia a las omisiones prestigiosas. Y el espacio del gran combate entre las tradiciones rígidas y las primeras divulgaciones científicas es la educación sexual.

A principios de los años treinta la Sociedad Eugénica Mexicana presiona al gobierno: hace falta un plan de educación sexual. En su informe de 1932, la Sociedad Eugénica menciona la frecuencia de embarazos antes del matrimonio, de enfermedades venéreas y de “perversión sexual” (*sic*) y afirma la necesidad de informar adecuadamente a los jóvenes en la escuela, ya que los hogares se muestran renuentes, por razones religiosas, a cumplir con esa tarea. La respuesta de la derecha es contundente. Su vocero, el periódico *Excelsior*, en editorial del 16 de marzo de 1933, afirma: el programa propuesto por la Sociedad ayudará a corromper a las mentes jóvenes. Según *Excelsior*, la mayoría de los miembros de la Sociedad Eugénica son “inconformes sexuales”, y a la Sociedad la dirigen dos mujeres, una recientemente divorciada y la otra de nacionalidad rusa. Por eso, se pide una investigación formal.

La batalla por la educación sexual atraviesa por distintas peripicias. El secretario Narciso Bassols examina el informe de la Sociedad Eugénica y se acepta un programa de educación sexual para secundarias y quinto y sexto de primaria. Al publicarse las recomendaciones de la Comisión de la SEP, la Unión Nacional de Padres de Familia (entonces un organismo no tan fantasmal) declara —30 de mayo de 1933— su oposición a la educación sexual en manos de maestros que podrían “encontrar en la exploración de este tema extraordinariamente peligroso, medios de violar niños inocentes”. Para la Unión, la educación sexual no es necesaria porque “la civilización ha existido diez mil años sin que se instruya formalmente a los niños acerca del comportamiento sexual”. Se califica al proyecto de complot comunista que destruye la estabilidad de México. Interviene la Federación del Distrito Federal y, generosamente, aprueba la educación sexual para muchachas de más de 21 años y muchachos de más de 14, condenando de paso el plan de gobierno. En distintas ciudades del país se levantan protestas; se reclama para los padres el derecho y el deber exclusivos de la educación sexual para sus

vástagos y se denuncia la "pornografía" en las escuelas (V. John A. Britton en *Educación y radicalismo en México*. Sepsetentas).

La lucha contra el proyecto gubernamental se concentra en el odio a la educación socialista, y se expresa con claridad en el ataque contra la educación sexual. A principios de 1934, las agrupaciones de padres de familia publican dos documentos que cuestionan la "instrucción regular de los procesos de reproducción humana" que planea la SEP, *Excelsior* y *El Universal* publican en primera plana esquemas de los cursos probables (en la descripción de las niñas se compara su maduración a la de aspectos correspondientes de la flor). La SEP niega que se imparta o se piense impartir educación sexual en las escuelas públicas y aclara —10 de enero de 1934— que los esquemas publicados son parte de un estudio sobre educación sexual.

Días después, *Excelsior* comenta un folleto de William J. Fielding, *La educación sexual del niño. Lo que cada niño debería saber*, como un buen ejemplo del tipo de pornografía probable en las escuelas públicas. Bassols informa: el folleto no se destina a los niños sino a un programa de instrucción para los padres, y *Excelsior* es una publicación al servicio de la reacción de derecha contra la educación sexual.

Llega el momento de la acción directa. El 28 de enero, en un mitin, dos mil padres de familia acuerdan no mandar a sus hijos a la escuela si la Secretaría persiste en la educación sexual. La Unión Nacional de Padres de Familia lanza su táctica intimidatoria: que todas las madres envíen cartas de protesta al presidente de la República. A los maestros que informen de reproducción humana, se les someterá al aislamiento de los padres y al boicot de los niños. Deben organizarse comités de huelga en cada distrito escolar.

El 17 de febrero, la Unión Nacional de Padres vota por la huelga contra la educación sexual, a sabiendas de que aún no se imparte. La Asociación de Padres anuncia el boicot económico y social contra cualquier maestro afiliado al programa criticado, y el éxito no es considerable; sólo cuarenta de las 485 escuelas oficiales del Distrito Federal van a la huelga. Lo que sí prospera es el rumor calumnioso. Se califica al proyecto de educación sexual de "propaganda subterránea e insidiosa" patrocinada con dinero bolchevique, y cunden las invenciones. La más divulgada: el alto número de maestros que seducen a las estudiantes en nombre de la educación sexual. Para asegurar su verosimilitud dan nombres, citan lugares.

El sistema usado por *Excelsior* durante la campaña es reiterati-

vo: "¡La educación sexual ya existe!" Ejemplos: una clase de biología de tercero de secundaria sobre la reproducción de plantas y animales, un curso de higiene del adolescente en la Escuela Nacional Preparatoria. *El Nacional*, periódico del gobierno, contraataca y señala al clero como el instigador genuino de los ataques. Y el 9 de marzo de 1934, Bassols renuncia a la Secretaría. Cuatro días más tarde, los padres de familia suspenden la huelga todavía sostenida en veinte escuelas. En los años siguientes, el proyecto de educación sexual se lleva a cabo en forma paulatina, evitando en lo posible provocar a una derecha fiel a su consigna: "No es aún el tiempo y nunca lo será" (de cualquier innovación).

### *Y conoceréis la verdad y la verdad os aterrará*

El psicoanálisis, aventura internacional para burgueses desde fines de los años veinte, debe esperar hasta la década de los cincuenta para prosperar en México. Y es la moda colonizada la que transforma angustias y neurosis de la clase media norteamericana en utopía prestigiosa de un sector considerable en el país. A mediados de los años treinta se inicia la "nacionalización" de las doctrinas (divulgaciones) freudianas. Al principio, se va de lo general a lo particular. No son los individuos sino la Nación misma la que sufre complejos e inhibiciones, ella es la visitada por Electra y Edipo, ella es la que amanece sintiéndose inferior por el despojo de 1847 y anochece llorando por los hijos que asesinó. Aunque más inspirado en Adler que en Freud, el libro de Samuel Ramos *El perfil del hombre y la cultura en México* es arquetípico: El Mexicano es aquel que padece sentimiento de inferioridad y, por tanto y en primera instancia, es la Nación la que debe ser psicoanalizada: "Tal vez nuestros errores — argumenta Ramos — son errores de madurez que la madurez corregirá. Nuestra psicología es la de una razón en la edad de la fantasía y la ilusión, que sufre por ello fracasos hasta que logre adquirir un sentido positivo de la realidad. Hasta ahora, los mexicanos sólo han sabido morir: pero ya es necesario adquirir la sabiduría de la vida." A partir de este ensayo seminal, escritores, psiquiatras y psicólogos se esclarecen o se obnubilan analizándolo todo a la luz de las sublimaciones, del falo como astabandera o cualquier otro lugar común "tremendista".

Al mismo tiempo, en la burguesía y las clases medias se afirma un proceso donde el sexo (su mención y su indagación semipolicial) ya no es lo deleznable a los ojos de Dios sino lo destellante a la hora del ascenso social o de las compensaciones. El uso de los términos, impreciso pero reverente, hace las veces de expropiación popular de las experiencias clínicas: el mexicano tiene complejo de inferioridad, asegura Ramos, pero en el tránsito de lo nacional a lo individual las clases dominantes se descubren las orgullosas poseedoras de una nueva residencia y una variedad de traumas infantiles. A este psicoanálisis instantáneo y para las masas —tan agudamente satirizado por James Thurber, J. S. Perelman y, más recientemente Woody Allen— lo consagran el cine de Hollywood y, en México, un cine de símbolos que ve en el inconsciente a lo aterrador, el pozo de la esquizofrenia, la pesadilla indescifrable con la que uno nunca se reconcilia y sin la que uno jamás se internacionaliza. Y la burguesía se jacta: ya cuenta con el inconsciente entre sus posesiones más entrañables, y actuar bajo las órdenes del inconsciente es gran entretenimiento y señal de madurez.

Lo que las divulgaciones freudianas ponen muy en duda es el instrumento que garantiza el dominio de los sentimientos íntimos: la noción de pecado, de transgresión de la norma. Luego, los postfreudianos ven en la indagación de las realidades públicas y secretas del sexo a una nueva formación de poder: le asegura a la burguesía y las clases medias la atenta vigilancia de su desamparo y contribuye así, como indica Franca Basaglia, al equilibrio y el proceso de integración y desarrollo del capitalismo. Este proceso, de carácter mundial, le transfiere al psicoanálisis, a la psiquiatría y la psicología las funciones interpretativas y curativas del alma antes monopolizadas por la iglesia católica, y define un nuevo canon de salud mental en beneficio de la idea del burgués, constructor de instituciones y creador de riquezas. Bajo la capa de la pretensión científica, lo "freudiano" (*collage* de creencias populares sobre el psicoanálisis y cauda de supersticiones semicientíficas sobre la conducta) deposita en el Estado hallazgos y dictámenes sobre la salud mental que de inmediato se vuelven instancias represivas. Programáticamente, la salud mental es monogámica para la mujer, productiva en el sentido capitalista, enemiga de cualquier marginalidad sexual o política, recelosa y crítica de lo que escape a la norma. Y quienes encarnan el monopolio

interpretativo de la salud mental (psiquiatras, analistas, psicólogos) son —como indica Félix Guattari— la vanguardia de los métodos impositivos de las nuevas formas de estructuración social.

*El machismo: de las responsabilidades  
ante Dios y las mujeres*

Los caminos de la represión sexual aceptan modificaciones e innovaciones. Durante un largo tiempo, un método de control es la amenaza de las enfermedades venéreas. Más tarde, y ya como ideología documentada, se despliega el Machismo, nombre que es un programa ideológico, voz que resume una tradición y describe a un comportamiento rígido. De hecho, el machismo que conocemos es un invento cultural, un primer producto de la "freudianización" del país. Los primeros investigadores de lo mexicano como categoría aislable y analizable en su perfecta inmovilidad, han leído a Freud, Jung, Adler y desde mediados de los treinta los adaptan como pueden. El Mexicano tiene complejo de inferioridad. El Mexicano es macho. El Mexicano es esquizofrénico. En la mitología sexual prevaliente, las tensiones del deseo se resuelven y disuelven en el melodrama (*Quiero sufrir por ti para que no te me vuelvas obsesión erótica*). Y el molde del machismo sirve también para someter a los impulsos rebeldes, disminuyendo y descalificando la conducta arrogante. La consigna prende en las clases populares y vuelve institucional a la conducta de siempre. Nunca han dejado de ser machos pero ahora se ufanan de la crítica a sus actitudes y de cuán arraigadamente mexicano es el comportamiento negativo. El macho explota y golpea a la mujer. El macho, por lo tanto, es muy mexicano. Su rencor social se ha saciado. Que a él, en su turno, lo dominen y exploten a horas hábiles.

*El sexo en la era de las instituciones*

No tiene caso, salvo por requisitos de la moda, examinar por décadas usos amorosos y hábitos sexuales en la sociedad mexicana. Según creo, en el período "de la Institucionalidad" (de 1940 en adelante) es mejor estudiar cambios y persistencias a la luz del diálogo

forzado entre las actitudes nuevas o disidentes (modernización) y el rechazo activo o pasivo de la novedad (tradicción). El proceso dista de ser uniforme aunque es más homogéneo de lo que harían suponer la diversidad de tiempos culturales en la capital y la provincia. Salvo los grupos de la ultraderecha, la población se incorpora (con rapidez creciente) a patrones cada vez menos estrechos del "comportamiento admitido".

*La línea divisoria: de cuando lo moderno  
le hablaba de usted a sus padres*

En los años cuarentas, en el arranque del "país moderno", el momento público es muy conservador e intolerante. Considérense, entre otros, estos hechos:

—nadie discrepa de la autoridad patriarcal.

—se considera eterna la sumisión femenina, y se admite sin problemas a su símbolo casi paródico, la Sufrida Mujer Mexicana, que le agradece al macho sus maltratos, y de la que el cine proporciona incontables ejemplos. De los más destacados: *Nosotros los pobres* (el personaje de Blanca Estela Pavón), *Azahares para tu boda* (el personaje de Marga López), *María Candelaria* (el personaje de Dolores del Río), *La Oveja Negra* (el personaje de Dalia Iñiguez).

—la honra (es decir el absoluto control patriarcal) es todavía fundamento del prestigio de las familias.

—el macho, en su visión ideal de sí mismo, demanda la posesión de una Casa Chica (la concubina como segunda esposa, legitimada por su persistencia, su fertilidad y su condición disponible).

—en los prostíbulos se fortalece el ego y se pone a salvo la santidad del hogar, que en mucho depende de una convención: el marido no puede desear ardorosamente a su mujer (tenerle ganas a la legítima esposa es extraviar a la libido).

—la educación sexual es un monólogo de torpezas y vulgaridades: "Creo hijo mío, que todavía falta para que conversemos de hombre a hombre"/ "Como ya estás grandecito, hijo, hoy te llevo al burdel para que te estrenen".

—un político divorciado carece de porvenir, porque quien no sabe responderle a su familia no es confiable en lo absoluto.

—un homosexual es la excentricidad que en el mejor de los casos aspira a la compasión.

—las “palabras obscenas” pueden prodigarse en privado, pero deben prohibirse en el cine, la televisión y la vida social que se respeta.

—la certeza de la minoría de edad de la gente moviliza los criterios parroquiales muy severos al clasificar las películas: *Buenas para todos; Para adultos-No propias para niños; Para adultos de criterio y moralidad seguros; Contrarias a la fe o a la moralidad católica.*

En la cabecera de la mesa, el sentimiento de culpa... En la provincia, ámbito represivo por excelencia, la vida privada sigue regida por el chisme, la sujeción femenina a lo eclesiástico, la identidad entre la exhibición de la fe y la condición respetable, los ghettos venéreos o “zonas de tolerancia”, el onanismo como saber de salvación, la contigüidad del escándalo con la muerte social. En provincia, la secularización avanza con lentitud, el sexo es lo inmenorable, y son todavía omnívoros los alcances del Catecismo del Padre Ripalda y del confesionario, y sus accesorios: la Congregación Mariana, los Caballeros de Colón, los colegios de monjas.

*“La televisión pronto llegará: yo te cantaré  
y tú me verás”*

Esto en la superficie: inauguraciones, misas solemnes, cenas de matrimonios. En lo profundo, se gesta el gran cambio, que acelera la segunda guerra mundial, y conducen los medios masivos y la industrialización. Y el espacio de los cambios, a diferencia del tradicionalismo, todo es significativo. Examínese la letra de un bolero de los años cuarentas, *Prohibido*:

Yo no sé si este amor es pecado  
que tiene castigo,  
si es faltar a las leyes honradas  
del hombre y de Dios,  
sólo sé que me aturde la vida  
como un torbellino,

que me arrastra y me arrastra  
a tus brazos con ciega pasión.  
Es más fuerte que yo, que mi vida,  
mi credo y mi sino,  
es más fuerte que todo el respeto  
y el miedo hacia Dios,  
aunque sea pecado te quiero,  
te quiero lo mismo,  
aunque a veces de tanto quererte  
me olvido de Dios.

Cantada por un tenor de usanza clásica, *Prohibido* asume las características del desafío formal. Las autoridades eclesiásticas condenan el bolero, y obtienen su prohibición en la radio, pero no van mucho más allá. El sentido de la época, tal y como se vive en la capital, es "blasfemo" y "heterodoxo", y en el sexenio del presidente Miguel Alemán (1946-1952) se multiplican los prostíbulos, las "zonas rojas", las películas de cabaret y rumberas, las "exóticas" que en el teatro frívolo bailan con frenesí para exaltar los coitos de un solo cuerpo.

Mientras, nada parece afectar a los usos del cortejo amoroso "a la antigua". A las familias, a las parejas y a muchachas y muchachos en-edad-de-merecer, les es indispensable el repertorio de la mitomanía amorosa (melodramas, canciones del eterno compromiso con las abstracciones, emociones sólo creíbles si se actúan). A lo largo del siglo XX el bolero expresa la creencia triple: en la espiritualidad del deseo, en lo incorpóreo de los sentimientos, en la desdicha del amor. Eros cuaja igualmente en el éxtasis de la frustración y en la idolatría: Amor mío, tu rostro divino/ no sabe guardar secretos de amor./ Ya me dijo/ que estoy en la gloria de tu intimidad. Y tardan en extinguirse las serenatas, la Noviecita Santa, la virginidad de la novia como dote básica, la solicitud de permiso para soltar ante las damas una *palabra gruesa* ("pendejo"), el tartufismo que es el homenaje de la retórica a la hipocresía.

*Los gay: de la lucha por los derechos civiles  
a la lucha por los derechos humanos*

Casi históricamente, el 2 de octubre de 1978 es la fecha de ampliación ostensible de la tolerancia urbana, tan restringida como se quie-

ra, pero irreversible. Ese día, en la marcha que conmemora el décimo aniversario de la matanza de Tlatelolco, participa un contingente de homosexuales, que atrae más asombro que rechazo, más antipatía del reflejo condicionado que odio. Gracias a tal inclusión, fruto de la intrepidez de los militantes *gay* y de la solidaridad de sectores de la izquierda, varía la percepción del grupo más despreciado y ridiculizado en la vida social. Los integrantes de los grupos (el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, Lambda, Oikabeth), en su mayoría entre los 18 y los 30 años, acuden a la radio y (dos veces) a la televisión, inician la marcha anual del Orgullo *Gay* (el último sábado de junio), impulsan mesas redondas y conferencias, expresan libre y "obscenamente" sus ideas y prácticas de la sexualidad en novelas, cuentos, obras de teatro, coreografías, películas. Dos textos en especial llaman la atención: *Ojos que da pánico soñar* (1978) de José Joaquín Blanco, ensayo y declaración de principios, y *El vampiro de la colonia Roma* (1978), de Luis Zapata, el relato de un joven que se prostituye (un *chichifo*) a modo de Lazarillo de Tormes de la vida *gay*. Estas obras son la prueba de fuego de la tolerancia, y la rápida demostración de que, en verdad, y de manera en lo fundamental imperceptible, ya hay diversidad en México. Entre pleitos, sectarismos quizás inevitables en un movimiento nuevo, y notables compromisos vitales, lo *gay* establece su derecho a existir en público.

El 2 de octubre de 1978 se rompe con la tradición de ocultamiento, represión y silencio. Antes, a los homosexuales (maricones, maricas, jotos, putos) se les menciona en privado, y entre bromas y condenas. Si en el virreinato se condena a los sodomitas a la hoguera porque "mudan de orden natural", en el siglo XIX jamás se les menciona por escrito, y un acontecimiento tan importante como el juicio de Oscar Wilde (1895) no recibe comentarios en la prensa. La primera alusión al juicio que localizo es de 1913 en *Revista de Revistas*. En *El diálogo de los libros* (Fondo de Cultura Económica, 1980), Torri se adelanta a su época, se opone a quienes persiguen "crudamente toda idea o pensamiento del orden científico o artístico, que sean contrarios a la estabilidad de la familia y el Estado", y se burla del comité francés que exige la mutilación del monumento a Wilde en el cementerio parisino del Père-Lachaise:

A nadie ha sorprendido, sin duda, esta encarnizada persecución de todo lo que a Wilde se refiere; por desgracia forman hueste innumerable los que juran guerra a

muerte a un escritor, a un poeta y a cuanto les toca, porque su vida no fue todo lo edificante que quisieran los más ignaros y despreciables miembros de cualquier congregación anglicana.

En 1913 es insólita la defensa de Wilde, y es aún más sorprendente la ridiculización de los cargos en contra suya, provenientes del "rebaño de gentes mediocres, de filisteos y semicultos". Torri concluye:

No está lejano el día en que volvamos el rostro a Wilde en una sonrisa generosa, y nos aparezca la tremenda catástrofe de su vida con un prestigio de martirio. Su manía de épater y sus desvíos nos harán sonreír, como nos hacen sonreír la petulancia de Wordsworth, la acritud de De Quincey, la afición de Lamb por la ginebra con agua...

Torri es consecuente. El 1 de octubre de 1916 en *Revista de Revistas*, elogia a Wilde profusamente:

El dandismo de nuestros jóvenes literatos y las florecidas "boutonnieres" al par que las cabelleras de flotantes rizos nos lo indican con harta elocuencia. Wilde está destinado a ser popular entre nosotros. Su influencia atenuará nuestra estrechez habitual de criterio, nos aligerará un tanto de nuestro espíritu de pesadez, y renovará la viciada e irrespirable atmósfera en que florecen lánguidamente nuestros intelectuales.

Wilde: oxígeno de la cultura. El espíritu humanista de Torri es muy excepcional y se produce en los años de la lucha armada. Antes, lo común es el rechazo, el espanto, la referencia exterminadora. El 20 de noviembre de 1901, en la calle de la Paz, la policía interrumpe un baile de homosexuales. La redada adquiere de inmediato perfiles legendarios porque, según el nunca desmentido rumor popular, uno de los detenidos es Ignacio de la Torre, el yerno de Porfirio Díaz, a quien acompañan vástagos de las familias notables del porfiriato. El número 41 se asocia automáticamente con la homosexualidad, y la serie de grabados de José Guadalupe Posada le concede al hecho una popularidad inmensa. "Aquí están los maricones/ muy chulos y coquetones", asegura el título de un grabado, y los versos adjuntos cuentan festivamente el "gran baile singular":

Cuarenta y un lagartijos  
disfrazados la mitad de  
simpáticas muchachas,  
bailaban como el que más

La otra mitad con su traje.  
 Es decir de masculinos,  
 Gozaban al estrechar  
 A los *famosos jotitos*.

A los detenidos sin influencias políticas se les envía a Yucatán, a labores exhaustivas. En 1902 son arrestados dos homosexuales, "La Bigotona" y "El de los claveles dobles", y se les manda también a Yucatán. Ese año, las hermanas Moriones, empresarias de teatro, celebran las cien representaciones de la zarzuela *Enseñanza libre*, de Perrín y Palacios, con los "papeles cambiados", con los actores haciendo de actrices y viceversa, algo ya habitual desde mediados del siglo XIX en México, como informa Luis Reyes de la Maza en *Circo, maroma y teatro (1810-1910)* (UNAM, 1985). Pero la homofobia es también invención cultural, y los periodistas, muy al tanto de la costumbre de los "papeles cambiados", se sorprenden de pronto, califican de "repugnante" a la puesta en escena, y denigran a las empresarias, porque ya ensayan una zarzuela de autores mexicanos llamada *Los cuarenta y uno*.

El escándalo popular, única vía para aceptar la existencia de los homosexuales. Las señoras Moriones se defienden: las cien representaciones de las comedias siempre se han celebrado de ese modo, sin protesta alguna, y no se ensaya zarzuela alguna con ese título "infamante". Desde entonces y hasta fechas recientes en la cultura popular el *gay* es el travesti, y sólo hay una especie de homosexual: el afeminado. En una novela insólita, *Los cuarenta y uno. Novela crítico-social* (1906), su autor Eduardo A. Castrejón, como era habitual, predica contra la "injuria grave a la Naturaleza", la homosexualidad, y describe una velada abominable:

El corazón degenerado de aquellos jóvenes aristócratas prostituidos, palpitaba en aquel (*sic*) inmenso bacanal.

La desbordante alegría originada por la posesión de los trajes femeninos en sus cuerpos, las posturas mujeriles, las voces carnavalescas, semejaban el retrete-tocador de una cámara fantástica; los perfumes esparcidos, los abrazos, los besos sonoros y febriles, representaban cuadros degradantes de aquellas escenas de Sodoma y Gomorra, de los festines orgiásticos de Tiberio, de Cómodo y Calígula, donde el fuego explosivo de la pasión salvaje devoraba la carne consumiéndola en deseos de la más desenfadada prostitución.

Para Castrejón no hay duda: se trata de "jóvenes inflamables, repudiables, odiosos para el porvenir y por todas las generaciones, escoria de la sociedad y mengua de los hombres honrados amantísimos de las bellezas fecundas de la mujer". En la novela, Ignacio de la Torre es don Pedro de Marruecos, el centro de esa sociedad pervertida, y el único que escapa de la fiesta, cuyo momento ígneo asombra a Castrejón:

Entretanto, en el salón crecía el entusiasmo. Ojos fosforescentes, ojos lúbricos, ojos lánguidos; caderas postizas ondulantes, gráciles, con sus irreprochables curvas; rostros polveados, pintarrajeados; pelucas maravillosamente adornadas con peinetas incrustadas de oro y joyas finísimas; pantorrillas bien cinceladas a fuerza de algodón y auténticas de amorfas flacuras; senos postizos, prominentes y enormes pugnando por salir de su cárcel; muecas grotescas y voces fingidas; le daba todo ese conjunto a la orgía algo de macabro y fantástico.

Luego sobreviene la caída, la vergüenza, la muchedumbre gozosa que ve a los 41 partir hacia Yucatán, la vida infernal de los trabajos forzados:

Y era de risa ver el cuadro grotesco de los populares 41, levantando la pala y golpeando con el zapapico, sudorosos, escuálidos y llorando las más de las veces a lágrima viva.

Los soldados les daban todos los días "latas" monumentales, diciéndoles con voz fingida:

—¿A dónde vas con tu traje de gala?

—¡No trabajes que te quiebras la cintura, vida mía!

—¿Te sofocas, lindo niño? Pues carga con el abanico...

Y hasta popular se hizo un estribillo que publicó un diario de la metrópoli en aquella época, y que cantaban los soldados cuando marchaban:

Mírame, marchando voy  
con mi chacó a Yucatán,  
por hallarme en un convoy  
bailando jota y cancán.

### *Los veintes: la reaparición de los transgresores*

En la década del veinte, al amparo de "la bohemia burguesa", reaparecen los homosexuales, por fin liberados de las páginas policiales. Las circunstancias son en extremo distintas: la Revolución Mexicana ha quebrantado muchos de los prejuicios, entre ellos el más extre-

mo: la impensabilidad de alternativas a la moral dominante. Por eso, sin preámbulos, aparecen los homosexuales en una atmósfera de libertades relativas pero intensas. Entre ellos figuran Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Elías Nandino, Porfirio Barba Jacob (escritores), y Manuel Rodríguez Lozano, Jesús Reyes Ferreira, Roberto Montenegro, Alfonso Michel, Agustín Lazo (pintores). Ellos representan la sensibilidad distinta, el fluir de lo europeo, el "decadentismo" que irrita en demasía, los modales finos que son una provocación.

En los años veintes y treintas la homofobia es actitud tan generalizada que no necesita singularizarse. Nadie, en rigor, es homófobo porque todos, en algún grado, detestan o desprecian o compadecen a los homosexuales, "error de la naturaleza". Como ya se reconoce la existencia de la homosexualidad, es conveniente proteger a la Revolución de sus devastadores efectos. Así, José Clemente Orozco caricaturiza a los *gay* arquetípicos y le da nombre al grupo: "Los Anales". Antonio Ruiz el Corzo dedica un óleo a fustigarlos y allí, amparado bajo un gigantesco 41, desfila un conjunto de "preciosas ridículas": Novo, Villaurrutia, Rodríguez Lozano, Montenegro, Antonieta Rivas Mercado, Lupe Marín. Diego Rivera dedica un pánel de los muros de la Secretaría de Educación Pública a denostarlos. Y del arte se pasa a la política. En 1932 se reinstala en la Cámara de Diputados el Comité de Salud Pública dedicado a eliminar a los contrarrevolucionarios del gobierno. El 31 de octubre de 1934, un grupo de intelectuales (José Rubén Romero, Mauricio Magdaleno, Rafael Muñoz, Mariano Silva y Aceves, Renato Leduc, Juan O'Gorman, Xavier Icaza, Francisco L. Urquizo, Ermilo Abreu Gómez, Jesús Silva Herzog, Héctor Pérez Martínez y Julio Jiménez Rueda) le solicitan al Comité de Salud Pública que, ya que se intenta purificar la administración pública,

se hagan extensivos sus acuerdos a los individuos de moralidad dudosa que están detentando puestos oficiales y los que, con sus actos afeminados, además de constituir un ejemplo punible, crean una atmósfera de corrupción que llega hasta el extremo de impedir el arraigo de las virtudes viriles en la juventud (...) Si se combate la presencia del fanático, del reaccionario en las oficinas públicas, también debe combatirse la presencia del hermafrodita, incapaz de identificarse con los trabajadores de la reforma social.

En un tiempo ya marcado por la modernización, la cultura popular sostiene dos imágenes: el señorito afeminado, el colmo del ocio de la clase alta que pervierte proletarios con su dinero, o el joto de burdel, el infortunado producto de una tragedia biológica. No hay términos medios. Y entre estas dos visiones, la del aristócrata lánguido y lascivo que abusa de la pobreza que acompaña a la virilidad popular, y la de la víctima de la biología que se contonea patéticamente, la conclusión es drástica: la homosexualidad es anuncio de la desintegración burguesa o chiste macabro del destino. En cualquier caso, lo inadmisibile es la idea de un hombre que se feminiza.

A eso se añade el machismo internacional, robustecido en los sectores de izquierda por la persecución que, desde 1933, se desata en la URSS. Los stalinistas proclaman "la decencia proletaria" y definen a la homosexualidad: "Producto de la decadencia de los sectores burgueses" y "perversión fascista". En enero de 1934 hay arrestos masivos en Moscú, Leningrado, Jarkov, Odesa. A los detenidos (actores, escritores y músicos entre ellos) se les acusa de participar en "orgías homosexuales" y se les condena a varios años de trabajos forzados en Siberia. En 1934, intervención personal de Stalin mediante, se introduce una ley que castiga a los actos homosexuales con cinco años de prisión (si son "consentidos") o con ocho años si hubo empleo de la fuerza o la seducción se condujo "públicamente y con intento declarado".

*"Si pudieras quedarte, dueño mío..."*

Hasta hace muy poco, el desafío homosexual solía consistir en la actitud retadora, nunca en la verbalización o en la representación de las preferencias eróticas. El medio no lo admitía. En la novela de Rodolfo Usigli, *Ensayo de un crimen*, el jefe policíaco describe al asesino: "Es un demonio, como buen representante de la jotería". Y el homosexual, para serlo, necesita resistir a fondo, volverse todo lo invulnerable que puede a través de la agresividad y el autoescarnio. El ejemplo máximo en México es Salvador Novo, hostilizado como ningún otro, que se defiende desde la ironía, el sarcasmo y la incorporación de la burla ajena a la propia:

---

Ya se acerca el invierno, dueño mío  
estas noches solemnes y felices,  
se ponen coloradas las narices  
y se parten las manos con el frío.

Ven a llenar mi corazón vacío  
harto de sinsabores y deslices  
en tanto que preparo las perdices,  
que pongo la sartén —y que las frío.

Deja tu mano encima de la mía;  
dígame tu mirada milagrosa  
si es verdad que te gusto —todavía.  
Y hazme después la consabida cosa  
mientras un Santa Claus de utilería  
cava un invierno más en nuestra fosa.

Porfirio Barba Jacob, nacido en Colombia, es un poeta que se niega a la ironía, y elige el tono dramático o patético. Él no se protege de su romanticismo, se entrega a él sin contemplaciones: "Como en Sodoma un día, nuestro día/ es para el goce estéril...". Y se involucra en la sacralización del objeto amado:

Amo a un joven de insólita pureza,  
todo de lumbre cándida investido:  
la vida en él un nuevo dios empieza,  
y ella en él cobra número y sentido.

Confesarse, resistir desde la literatura. Novo y Barba Jacob pagan un precio altísimo por su "descaro". A otros se les castiga por su homosexualidad de diferentes formas: a Jesús Reyes Ferreira se le expulsa de Guadalajara luego de hacerle barrer las calles; a Manuel Rodríguez Lozano se le envía a la cárcel por un robo de grabados de Durero que él no cometió; al pintor Alfonso Michel se le estigmatiza en Colima, su ciudad natal. Y sin la defensa de la fama o el prestigio, muchos homosexuales, por el sólo hecho de serlo, son golpeados, vejados, encarcelados, asesinados. Y nada más el crecimiento internacional de la tolerancia y el desarrollo civilizatorio hacen posible el cambio de actitudes.

Un ejemplo: en 1973 Nancy Cárdenas, la primera mujer en salir del clóset, monta *Los chicos de la banda* (*The Boys in the Band*), la

pieza de Mart Crowley sobre una fiesta *gay* y la cultura del ghetto, que mezcla el autoescarnio con el sentimentalismo y la búsqueda de tolerancia. Las autoridades de la Delegación Benito Juárez la prohíben "porque ofende a la moral y las buenas costumbres", y la comunidad intelectual y artística responde con manifiestos, artículos, reuniones de protesta. La censura cede, la obra dura meses en el teatro de estreno y la homosexualidad deja de ser la reconstrucción (semiclandestina) de monólogos de la angustia, suicidios de la culpa y asesinatos por el asco, para, así sea por vía del melodrama, iniciar su normalización.

En los años setentas todavía es muy estricta la noción de límites. En 1975, por ejemplo, se prohíbe la revista *Eros*, dirigida por Guillermo Mendizábal, que combina desnudos femeninos y desnudos masculinos (no frontales). El régimen de Luis Echeverría no consiente tamaña liberalidad. Pero la tendencia es, si no a la aceptación sí a la indiferencia. Jacobo Zabludovsky entrevista en Televisa a Nancy Cárdenas, que defiende la normalidad de la conducta minoritaria. La revuelta en el bar Stonewall de Manhattan, donde en 1969 decenas de *gays* resisten con furia una redada, es el gran estímulo que lleva a la formación de los primeros grupos. Y ya a fines de los setentas, la sociedad más bien se entretiene con la fiebre del *come-out*.

A principios de los ochentas, la pandemia del sida se presenta y rehabilita de golpe los prejuicios homófobos, en México como en todas partes. En 1985 Girolamo Prigione, nuncio papal en México, califica al sida de "castigo divino", lo que a muchos les parece cierto, homosexuales incluidos. Dos años más tarde la situación se clarifica: no hay grupos sino conductas de alto riesgo, y la intolerancia de la iglesia católica y sus aliados civiles (el Partido Acción Nacional en primer término, la organización Pro-Vida de manera enfática) llega a extremos en el rechazo del condón y de las campañas preventivas. Y los grupos de activistas contra el sida, constituidos mayoritariamente por homosexuales, trabajan con abnegación y heroísmo. Es muy poco lo que se puede hacer, pero el impulso de los activistas es extraordinario.

La devastación del sida inutiliza a gran parte de las estrategias de la "doble vida". En medio de la devastación florece una cultura *gay* inesperada: revistas, bares, organizaciones. La homofobia empieza a ser un término peyorativo, y la tolerancia avanza, así persistan las presiones, las amenazas, las razzias y la gritería de la dere-

cha que, en su proyecto de retorno a la Edad Media, obstaculiza la información. (La intolerancia hacia los enfermos proviene, más que de iras bíblicas, del terror irracional al contagio.) Por lo demás, la pandemia obliga a conocimientos más vastos y específicos sobre la vida sexual, que solidifican los esfuerzos de divulgación anteriores. Se desvanecen los temores al uso abierto de las palabras, y pierden razón de ser (la que hubiesen tenido) las "zonas prohibidas" en las conversaciones y las publicaciones. Y el vigor de esta cultura de la sobrevivencia se impone por sobre los siglos de ocultamiento, de miedo ante la mera referencia a los genitales, de la superstición que imagina la inocencia protegible de los demás, de la convicción de la eterna minoría de edad emotiva y ciudadana de las mujeres, de la identificación clerical del cristianismo con la represión del instinto.

Pero la mayoría de los jóvenes ni siquiera discute su derecho a ejercer su sexualidad (ya no sin "intermediarios": los condones). Y si está por demás hablar del Progreso, tiene sentido enumerar los avances sociales: más libertad de expresión, más libertad corporal, mayor sentido del humor ante los prejuicios, y, en gran número de casos, canje de la culpa por la precaución y la actitud desprejuiciada. Si esto no es suficiente, no resulta por ello menos alentador.

### *El albur es el triunfo de la memoria sobre la agudeza*

Ante todo, hay que saber  
cuántas veces debemos  
abandonar nuestra novia y huir  
de sexo en sexo hasta el fin de  
la tierra.

VICENTE HUIDOBRO

A la libre expresión por el hartazgo de las "malas palabras" y el "chiste colorado". En los años sesentas, la vanguardia del comportamiento sexual se localiza en el equivalente de la contracultura norteamericana la Onda, el encuentro de jóvenes ya muy americanizado con el rock, las drogas y los inicios de la Revolución Sexual. Es la era de "las puertas de la percepción". En materia de liberaciones inducidas, esta vanguardia juvenil de los años sesentas y setentas canjea las desinhibiciones del alcohol por la marihuana y los experimentos (que suelen tener un alto costo físico y mental) con LSD, hongos

alucinógenos, peyote, anfetaminas. El cuerpo se vuelve también un trámite de relación personal ("Acostarse para dialogar"), y a los adeptos del rock y la marihuana los nuevos profetas (los Beatles, los Doors, los Rolling Stones, los Who, Janis Joplin, Jimi Hendrix) les resultan maestros de la preceptiva amorosa y, lo que es lo mismo, de hábitos sexuales. En asuntos de vida privada, el rock es la cultura de filios religiosos que le sirve a una generación para relativizar o cuestionar irónicamente nociones antes irrefutables: la virginidad, la honra, la sumisión al autoritarismo paterno o gubernamental, el miedo a disponer del propio cuerpo. "Father? Yes, son. I want to kill you!". El grito de Jim Morrison en "The End", así no se comparta al extremo, o así se entienda sólo como bravata escénica, acompaña a quienes intentan demoler la moral decimonónica. Y la represión oficial nada más reafirma la validez de la disidencia.

Lo que según unos es orgía, para la especie contracultural que emerge, llamada por comodidad de los *jipitecas*, es acción comunitaria. La promiscuidad pierde su deshonesto nombre y en 1971, en el festival de rock en Avándaro, se realiza a lo largo de tres días, y pese al machismo predominante, el gran anhelo: el trato más igualitario entre los sexos, aún distante de la democratización pero ya no reproductor dócil de los comportamientos tradicionales. En Avándaro el coito masivo, la "grosería" que proferida por decenas de miles abandona su carácter ofensivo, y los desnudos que son declaraciones de independencia, desembocan en otra visión de las relaciones humanas, más abierta y divertida. (En el fondo, se trata de un segmento del viaje de la sociedad tradicional a la sociedad de masas.)

En los setentas la sociedad capitalina (la que más influye en el país centralista) decide que es tiempo de modernizarse o, al menos, de igualar lo que se dice en privado con lo que se dice en público. Abundan ya vodeviles, sketches de frotamientos corporales y empobrecimientos escénicos donde el albur (el juego de palabras donde el que pierde es "devorado" sexualmente) es la atracción de feria que le infunde a los espectadores la creencia en su ingenio. Recuérdense títulos que son proclamas: *Los aprietos de una chichi-meca*, *La cosa se puso dura*, *Las del talón*, *Todos hacemos así*, *La Calle del Órgano*, *No me toquen... eso*, *El Coyote cojo*, *¿Hombre, mujer o quimera?*, *Los calzones los llevo yo*, *La cosa me viene de atrás*, *Cuando me río se me sale*. Esta manipulación descarada escenifica el embate de la vulgaridad, ariete de

la cultura de masas, contra la hipocresía. Calificar de "obscenas" estas piezas es ocioso e inexacto. Son en rigor dramatizaciones del humor infantil y de la ansiedad adolescente que usa de lo sexual para representar un deseo dentro de un placer. Orgasmo y orgía, desde la perspectiva del ridículo, parodian el anhelo y chotean el desahogo. Y al sumergirse no en el sexo sino en la burla del ánimo jadeante, los espectadores obtienen ese satisfactor de su reclame calenturiento: la versión degradada de sus obsesiones.

Pero en el teatro experimental la situación es la opuesta: allí cuajan las necesidades libertarias, gracias a puestas en escena imaginativas, osadas, delirantes. Alejandro Jodorowsky dirige *La sonata de los espectros*, *Las sillas*, *La ópera del orden*, *Así hablaba Zaratustra*, *El juego que todos jugamos* y, en televisión, arroja una biblia al suelo y destruye un piano a hachazos. La "provocación" da resultados: así se prohíben *La sonata de los espectros* y *La ópera del orden*, el éxito de Jodorowsky hace retroceder a la censura. Y lo que ya se permite en las películas mexicanas es asombroso, si bien un tanto forzado por el ritmo internacional. Las autoridades captan el mensaje: proseguir mecánicamente con la censura moral es aniquilar el espectáculo. Ya para 1973, en cine y teatro, la apertura echeverrista extrae del silencio a Chingada, Carajo y demás vocablos, y los pone al frente de las exclamaciones que convocan la risa victoriosa del público. Se implanta un habla unisex todavía autoritaria y machista, pero ya sin zonas prohibidas, y abiertamente sexualizada. También, se multiplican los desnudos (femeninos), abundan las situaciones "escabrosas" con todo e incesto, e incluso las minorías sexuales consiguen representación así sea bajo el manto del *grand-guignol*. Por desdicha, la apertura se da en el momento en que los únicos capaces de aprovecharla son comerciantes ávidos de recuperar al instante sus inversiones.

---

*Hambre de soledad padece el coito*

Isolda, Isolda, cuántos  
kilómetros nos separan,  
cuántos sexos entre tú  
y yo.

VICENTE HUIDOBRO

*Noticiero del cambio:* el psicoanálisis ya no es moda social y persiste entre polémicas sobre "ajustes" a la realidad o "sanos desajustes" y actualizaciones lacanianas; la sexología avanza, con el auge relativo de Masters y Johnson, y su vocabulario se nacionaliza sin riesgo alguno de conocimiento genuino ("sólo los traumas te ayudan a *no* tener problemas sexuales"); la familia nuclear se comunica con la familia tribal tres veces al año (Navidad, cumpleaños, enfermedades); las crisis económicas promueven el control de la natalidad por encima de fulminaciones del papa; el lenguaje cínico o clínico exhibe al amor como la mezcla de ganas fornicatorias y autoestima; los burdeles son especies en extinción; ni el divorcio ni el adulterio son ya causa formal de escándalo, aunque todavía no llega un divorciado a la presidencia; es amplio el avance de las razones en pro de la legalización del aborto; es irreversible la participación de las mujeres en casi todos los campos; "hacer el amor" ya no es sinónimo de *coger* sino de "relación significativa entre dos seres humanos"; son unas cuantas las "malas palabras" que sobreviven como tales a su nivelación moral (su uso indiferente); y, dependiendo de la generación a que se pertenezca, todo lo preside la nostalgia del sentimiento de culpa, o la incomprensión ante cualquier nostalgia.

¿Qué ocurre en cuatro décadas? ¿Cómo se debilitan o cómo ceden las fortalezas tradicionales? ¿A qué atribuir el crecimiento de la tolerancia en asuntos de la moral social? Hay razones diversas (culturales, económicas, políticas, comerciales), pero la fundamental es la secularización. Ya desde los treinta en los centros urbanos el sentimiento religioso deja de ser el eje de las decisiones y pocos repetirían convencidos la frase de San Jerónimo: "Adúltero es también el que ama con excesivo ardor a su mujer".

Para la mayoría, la religión es sólo fragmento de la visión del mundo, indispensable pero no determinante en la vida cotidiana, y cada persona acumula las pequeñas y grandes desobediencias a las ordenanzas eclesiásticas que los curas traducen como "la

descatolización de México, fruto de la atroz educación laica". De hecho, ocurre sin demasiados contratiempos esa "muerte de Dios", que es el canje de la moral que (como sea) se practica por la moral que ya únicamente se proclama (Antes de los años setentas, el número de hijos anuncia el respeto a la moral tradicional: seis, ocho están bien, Dios proveerá). Y como siempre y en todas partes, la religión es, en lo social, un tributo formal a los ancestros, y un elemento clave en el juego de la Respetabilidad. Luego, en medio de la crisis de la conciencia individual, los sectores con aspiraciones de modernidad esquivan "el soborno del cielo" (G. B. Shaw), observan con indiferencia la "memorización teológica" del sentido de la vida humana, y aceptan la relativización de los valores morales en que fueron educados.

La televisión aporta, con eficacia, un argumento persuasivo: "lo indebido" es lo que no está de moda, no hay comportamiento que no atraiga a alguien en algún lugar del mundo y quien seriamente se escandaliza ante lo real pierde tiempo, y deja de entender lo que contempla. Y a la provincia la modifican los signos de identidad de "lo moderno". Un país muy fragmentado ingresa a lo homogéneo.

También desde los años veintes, las metamorfosis de la moral social norteamericana son estudiadas con avidez en México. Y a cualquier conducta "liberal" o "liberalizada" observable en Estados Unidos la rodea primero la alarma, luego la burla, en seguida la imitación, y finalmente la asimilación. El proceso se repite: los grupos tradicionalistas se enfrentan a las innovaciones (libertad de opción sexual de las mujeres, uso de anticonceptivos, liberalización de la familia, desnudos frontales en cine y teatro, uso público del lenguaje "obsceno", etcétera); las autoridades dudan o tienen miedo; por un tiempo se consigue la prohibición o el veto, y luego, de manera natural, la innovación se generaliza sin que ya nadie proteste.

A esto se añaden fenómenos motivados por la pobreza, entre ellos la unión libre, práctica de cientos de miles de parejas, sin dinero para los gastos cuantiosos, en términos relativos o absolutos, del matrimonio civil y eclesiástico.

---

*El feminismo: la declaración de principios*

A principios de los setentas, el feminismo resurge en México gracias a jóvenes radicales, muy enteradas del desarrollo teórico y organizacional en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, e integradas en grupos no muy numerosos con frecuencia divididos o ideologizados hasta la parálisis. Al principio se le califica de afán colonizado que usa la liberación (con o sin comillas) como técnica para estar al día. Luego, el feminismo atraviesa por éxitos, fracasos, pobreza organizativa, influencia en muy diversos sectores de mujeres. Si aún es insuficiente la aportación teórica de las feministas mexicanas, y si sus formas organizativas son precarias, sus planteamientos básicos penetran en la opinión pública y en la sociedad civil (en la derecha incluso), y sus logros son notables. Así por ejemplo, en la lucha por la legalización del aborto, pese al retroceso institucional (la presión del clero católico sobre el gobierno), y no obstante la persecución esporádica, con todo y torturas, de médicos, enfermeras y mujeres que abortan, disminuye la opresión social, y se reducen considerablemente las sensaciones de pena, vergüenza, humillación y dolor asociadas al aborto.

El feminismo no es el único responsable de los avances en la moral sexual, pero interviene notoriamente en el cambio de actitud de miles de mujeres que, al abortar, no se consideran "víctimas del pecado" o "desechos humanos", sino seres que, en un momento trágico, eligen responsablemente. ¿A quién convencen los obispos que fustigan a las mujeres por creerse "dueñas de su propio cuerpo"? Sólo a núcleos reducidos y fanatizados así sea más amplio el sector que, por razones de formación católica, se niega al aborto. Pero quienes reivindican el derecho al cuerpo propio, le confieren a su acto una dimensión de rebeldía ante destinos trazados desde afuera. Si en diversos sectores, ni los machos dejan de serlo por vergüenza cultural, ni las mujeres se consideran habilitadas para el libre uso de su corporalidad, sí mucho le deben al feminismo el descenso de los prestigios del machismo, la creciente igualdad jurídica de la mujer, la perspectiva de las mujeres en los ámbitos de la creación artística y literaria, la sensación misma de ampliación de libertades. Sin el feminismo la vida mexicana sería hoy distinta, y mucho más opresiva.